

Producir conservando y conservar produciendo

El páramo del Almorzadero, a más de 3200 metros sobre el nivel del mar, cobija las últimas cumbres de la Cordillera Oriental, en los límites que comparten Santander y Norte de Santander. Allí, las grandes riquezas naturales se convierten a su vez en grandes desafíos para sus pobladores.

Sus más de 100.000 hectáreas albergan 96 lagunas, como parte de un complejo acuífero que alimenta a más de dieciocho municipios de cuatro departamentos. Y en sus cielos vuelan cerca de 25 de los 150 cóndores que se estima viven en Colombia. A ellos se suman otras 54 especies de aves y cerca de 40 especies de mamíferos, así como una gran diversidad en su flora, donde reinan el frailejón, el encenillo, el tuno, el roble y el aliso.

Sin embargo, la altura y la lejanía imponen severas condiciones climáticas, así como dificultades de movilización y de acceso a servicios como la energía y la conectividad. Y la presencia de cóndores, pumas y otras especies silvestres amenaza a los rebaños de ovejas y cabras que representan la principal fuente de recursos de los campesinos de la zona, junto a los cultivos de papa y ajo.

El municipio de Cerrito, en Santander, abarca la tercera parte del páramo. Allí, un grupo de veinte familias campesinas comenzó a trabajar hace cerca de tres años para montar un proceso de reconversión de la ganadería extensiva a sistemas más sostenibles, construyendo algunas instalaciones para recoger y proteger el ganado, con el apoyo inicial de la Corporación Autónoma de Santander, CAS y del SENA.

“La gente empezó a ver que estas actividades, aunque pequeñas -una instalación, un potrero, una cerca- nos daban la facilidad de cuidar las ovejas. Ahí nos dimos cuenta que podíamos iniciar acciones un poco más complejas en torno a la producción sostenible”, cuenta Eywar Leonardo Niño, líder del proceso en el municipio.

Justo entonces, a finales de 2018, se presentó la oportunidad de participar en A Ciencia Cierta Eco, para la Conservación Comunitaria de Ecosistemas Estratégicos. La convocatoria encajaba a la perfección con lo que buscaban: desarrollo de sistemas productivos e infraestructura adaptados a condiciones climáticas y ambientalmente sostenibles; restauración, recuperación y rehabilitación de ecosistemas estratégicos y de especies de fauna y flora; prácticas y tecnologías comunitarias con energías renovables.

Resultaron ganadores. Pero además de los importantes recursos del premio, en la primera visita, las asesoras del concurso les llegaron con una idea que les amplió el horizonte de trabajo:

“Ellas nos dieron la idea de vincular a profesores y estudiantes de la UIS (la Universidad Industrial de Santander) y a profesionales del parque Jaime Duque, que nos podían apoyar con investigación, con capacitación, con extensión y desarrollo rural pues las universidades, yo no sabía, están obligadas a hacer esa parte de extensión y desarrollo rural” comenta Eywar. Eso les abrió muchas posibilidades y les amplió el alcance de su propuesta, que en esa misma reunión se ajustó a seis grandes objetivos:

- Fortalecer el conocimiento técnico y de sostenibilidad mediante jornadas de capacitación.
- Establecer un vivero comunitario para propagar especies nativas, recuperar áreas y generar valor agregado.
- Utilizar energías renovables en la producción ganadera.
- Delimitar y proteger nacimientos o corredores hídricos de importancia estratégica para la conservación del ecosistema.
- Desarrollar estrategias de apropiación de ciencia, tecnología e innovación con énfasis en la conservación del ecosistema de alta montaña y del cóndor de los Andes.
- Restablecer un prototipo de sistema silvopastoril experimental.

La capacitación la trabajaron con el Sena, sobre técnicas nuevas de producción del ganado ovino y bovino, incorporación de nuevos procesos para mejorar la producción y producir más con menos, nuevas técnicas para conservación de forrajes, alimentación, sanidad, ganadería sostenible, capacitación en sistemas silvopastoriles, en ganadería regenerativa, en manejo ambiental, y hasta en artesanías para la transformación de la lana.

En la capacitación han participado padres, hijos y abuelos de los núcleos familiares vinculados al proceso, con el objetivo de que todos aprendan y aporten y haya unidad de criterio en el manejo.

El Sena también aportó una contrapartida para investigación en torno a los sistemas silvopastoriles y envió un técnico que trabajó con la comunidad durante ocho meses para evaluar qué funcionaba y qué no funcionaba y habría que mejorar en el sistema silvopastoril de manejo del ganado.

Se está trabajando en veinte unidades productivas, de las cuales se han tecnificado once, que a futuro se convertirán en reservas naturales de la sociedad civil. La meta es llegar hasta cincuenta familias manejando sus sistemas bajo la modalidad de reserva natural.

Los profesionales del parque Jaime Duque, que ya venían trabajando con ellos, los apoyaron para hacer la caracterización de fauna y flora, la zonificación y la declaración de los planes de manejo ambiental de las fincas, así como para el montaje del vivero comunitario.

Los profesores y los estudiantes de ingeniería forestal de la UIS realizaron una tesis de grado sobre la caracterización florística de los predios vinculados al proceso, identificando qué especies de flora se encontraban en la zona, qué importancia tenían y cuáles podrían utilizarse en los procesos de restauración. También colaboraron en el montaje de viveros comunitarios.

“Los viveros los manejamos para la producción de frailejones, cardones, alisos, todas especies nativas que nos ayudan a cuidar el agua en los nacimientos, en los humedales, en las lagunas. Para hacer restauración de zonas que estaban muy deterioradas por el pastoreo o por el sobrepastoreo y empezar a recuperarlas con vegetación nativa. También para cercas vivas, para maderables y para los sistemas silvopastoriles”, resalta Eywar.

Parte de los recursos del premio los usaron para avanzar en la utilización de nuevas fuentes de energía. Compraron paneles solares para las fincas, lo que les permitió construir cercados eléctricos para mejorar el pastoreo y control de los animales. También les ayudó a lograr algún grado de conectividad, algo elemental como poder cargar los celulares y utilizarlos para comunicarse en emergencias, sin tener que caminar hora y media hasta una fuente cercana de energía.

Trabajaron para delimitar nacimientos de agua y corredores hídricos de importancia estratégica para la conservación del ecosistema y de las fuentes de agua. También se construyó un acueducto veredal que beneficia a once familias. “El agua está viva y si no se cuida se va”, comentó en la presentación de resultados de la experiencia el propietario de una de las fincas.

Con el apoyo de Sennova y el Grupo de Investigación Frailejones comenzaron el proceso de evaluación de sistemas silvopastoriles y su adaptación en ese ecosistema. A lo largo del proceso se montó una investigación para evaluar las especies más propicias para la zona, que incluyó el aliso, el pino y el girasol y se comenzó la siembra de árboles.

Y en este proceso se legalizaron, constituyéndose como la Asociación Campesina Coexistiendo con el Cóndor, de la cual Eywar Niño es presidente.

“Vimos que las posibilidades eran muchas, que debíamos ampliar la visión del proceso al punto de que ahora buscamos que no sea solo interno, de mejorar la finca, de mejorar la posibilidad de conservarla y restaurarla, de proteger el cóndor y hacer monitoreo sino que también iniciamos trabajos que buscan cómo llevar este resultado a la comunidad y sobre todo a las instituciones educativas”, afirma Eywar.

Hoy trabajan con las escuelas para apoyar la reestructuración de sus PRAE, las Propuestas Ambientales y Educativas, de manera que estén enfocadas al reconocimiento del territorio y a la conservación del ecosistema más importante de esta zona, que es el páramo, la despensa de agua y de riqueza de esta región.

Las pérdidas de ganado

Los ataques a cabras y ovejas han disminuido. Eywar recuerda que antes de comenzar el proceso, en una sola finca contaron 80 corderos que fueron a descolar; cuando regresaron para hacer pesaje solo había 20 de ellos. El resto se había perdido por ataques del cóndor, de los perros, del puma. Luego, al disponer de instalaciones donde pudieron dormir protegidas las ovejas, los ataques se redujeron drásticamente. Ya se pierden cinco, máximo diez corderos en cada finca. Y ahora si se pierden unos pocos corderos porque el cóndor se los come, el campesino lo toma como una donación. Ha cambiado su mentalidad, su relación con el cóndor, sabe que debe protegerlo.

Ahora la mayor amenaza la representa el puma. La reducción de la fauna silvestre debido a la caza de venados y conejos ha hecho que el puma ataque los rebaños de ovejas, que tienden a buscar las partes más altas y más alejadas. Y estos ataques son más graves en lugares donde el productor no tiene acceso a la tecnificación ni ha construido instalaciones para recogerlas. El desafío continúa y ellos lo saben.

“Actualmente somos 21 familias las que estamos trabajando, pero proyectamos beneficiar 60 familias para mejorar sus recursos económicos y su bienestar, para que se establezca un sistema de producción y conservación, pues todo tiene que ser como muy equilibrado: que se apoye la conservación de la fauna silvestre pero se permita generar desarrollo para la región” concluye Eywar.